

**Respuestas del director ejecutivo a preguntas planteadas
en el panel sobre soluciones basadas en la naturaleza,
equidad ambiental y adaptación al cambio climático en entornos urbanos
de la sesión de Consejo 2023 de la CCA**

En el marco de la trigésima sesión ordinaria del Consejo de la Comisión para la Cooperación Ambiental (CCA) ([#CCA30](#) en línea), el director ejecutivo de la organización, Jorge Daniel Taillant, concibió y presentó el panel sobre soluciones basadas en la naturaleza, equidad ambiental y adaptación al cambio climático en entornos urbanos, fungiendo él mismo como moderador. Se trata del primer “Panel del director ejecutivo de la CCA”, a celebrarse cada año durante las sesiones de Consejo, con el propio director ejecutivo a cargo de definir sus componentes y moderarlo. Como parte del compromiso contraído por la CCA en materia de participación ciudadana, Taillant se comprometió a responder personalmente las preguntas recibidas a lo largo del segmento de participación pública virtual que no se hubiesen respondido durante la sesión. A continuación, las preguntas planteadas y las respuestas ofrecidas por el director ejecutivo.

Plantar vegetación, como árboles, puede tener importantes efectos negativos en la infraestructura superficial y subterránea. ¿Cómo evitar tales impactos?

Para garantizar la idoneidad de la vegetación es preciso realizar un diagnóstico adecuado y consultar a expertos. La flora debe ser conveniente desde el punto de vista de la naturaleza —es decir, han de emplearse especies nativas— y estar adaptada al clima local. De este modo, se favorece la restauración por la misma naturaleza de los ecosistemas originarios que se han visto afectados, cubiertos y destruidos por la introducción de entornos urbanos. La consulta a expertos ha de aportar también soluciones basadas en la naturaleza adecuadas ante problemas cada vez más graves, como el calor extremo y los impactos asociados con el cambio climático, entre los que destacan las inundaciones y las sequías. Las ciudades podrían y deberían trabajar con especialistas de ámbitos multidisciplinarios. Las soluciones propuestas derivadas de tal consulta, aunadas a las aportadas por otros expertos pertinentes habrán de dirigirse a mitigar y evitar los impactos negativos. Asimismo, deberá consultarse a los integrantes de las comunidades locales y, siempre que resulte oportuno y pueda recurrirse a ellos, a especialistas en conocimiento ecológico tradicional y sabiduría indígena, quienes serán de gran ayuda a efecto de identificar soluciones a los complejos problemas imperantes en diversas zonas urbanas. En el caso de la introducción de dosel arbóreo, es primordial distinguir las especies nativas idóneas y determinar las zonas y contextos más apropiados para su plantación, siempre procurando que funcionen con el entorno construido. Otro aspecto importante a considerar consiste en la ampliación de áreas recreativas, plazas, parques y otros espacios urbanos donde puedan introducirse o extenderse zonas arboladas (ecosistemas de mayor extensión), y donde dichos ecosistemas tengan más posibilidades de prosperar.

Asimismo, un elemento fundamental estriba en propiciar la participación de las comunidades locales —con apoyo en procesos formativos y de educación ambiental cuando así se requiera— para que formen parte de la solución y se involucren en el diseño, así como en el mantenimiento y la protección de los ecosistemas urbanos ampliados, lo que garantizará su sustentabilidad con el paso del tiempo.

En la ejecución de estos proyectos debe adoptarse un enfoque holístico, no sólo centrado en la expansión del arbolado —es decir, el dosel urbano— en las ciudades, sino que considere también otros elementos: vegetación, diseño, materiales de construcción que además de dar sombra sean más eficientes, y un largo etcétera.

¿En qué forma pueden los funcionarios municipales electos impulsar más medidas para combatir el cambio climático cuando una gran parte de sus votantes siguen dependiendo de los automóviles y entorpecen tales acciones?

Las autoridades locales deben trabajar con miras a involucrar a los miembros de la comunidad en todas las fases de la planificación y el diseño de proyectos, así como su implementación y seguimiento. En primer lugar, es importante comprender los modos de transporte utilizados hoy en día, así como los factores que impulsan e incentivan, o bien obstaculizan, la transición a métodos más favorables. Quizá no se tomen en cuenta algunas alternativas por motivos económicos o simplemente por falta de sensibilización, pero hasta que no se expongan claramente los motivos subyacentes, mediante la realización de consultas adecuadas, lo más probable es que las políticas por sí solas no logren transformar a gran escala la forma en que una comunidad decide actuar. La pandemia por COVID, por ejemplo, supuso un factor externo que tal vez haya cambiado de forma permanente las tendencias de los desplazamientos y traslados al trabajo, con una considerable reducción de los kilómetros recorridos en vehículo para tal efecto. Un adecuado ejercicio de consulta, junto con un estudio de mercado de los cambios propuestos, permitiría identificar otros cambios globales (de gran envergadura y alcance masivo). Es importante poner sobre la mesa soluciones alternativas y dar a conocer a las comunidades las oportunidades que tienen a su alcance, pero también señalar las herramientas requeridas que les ayudarán a lograr esos cambios. Las campañas educativas y de sensibilización en torno a la acción por el clima reforzarán la probabilidad de que los miembros de las comunidades adopten opciones congruentes con el combate al cambio climático, como adquirir electrodomésticos menos contaminantes cuando llegue el momento de renovarlos. También podría pensarse en la creación de incentivos con el propósito de animar a las personas a que, por ejemplo, se deshagan de aparatos ineficientes (refrigerador, aire acondicionado y estufa, por mencionar algunos). En otros casos, los códigos municipales podrían obligar a las edificaciones nuevas a utilizar energías más limpias, o incluso prohibir opciones energéticas basadas en combustibles fósiles, como el gas natural. Estas importantes decisiones en materia de políticas contribuyen en gran medida a imponer cambios estructurales, aunque en algunos casos se requiere más educación y compromiso a fin de empujar la toma de decisiones voluntarias deseadas. Debe garantizarse que los planes satisfagan la opinión y la demanda públicas, y que fomenten la apropiación de las medidas para combatir el cambio climático por parte de la comunidad. La sensibilización y la participación permiten definir las acciones más convenientes en respuesta a las necesidades y los intereses de una ciudad o una comunidad concreta, y que además estén vinculadas a una petición o demanda específica de la comunidad, a diferencia de los proyectos decididos de arriba hacia abajo por los funcionarios públicos que los respaldan, en función de las necesidades percibidas. Cabe resaltar, además, la importancia motivar e

incentivar a los ciudadanos para que adopten acciones por el clima (el uso de medios de transporte alternativos, por ejemplo), en lugar de hacerles sentir que se les imponen soluciones.

¿Tendrán los participantes acceso a las presentaciones de hoy (por ejemplo, a los archivos pdf de las diapositivas de la ciudad de Vancouver)?

¡Por supuesto! Los invitamos a consultarlos aquí: www.cec.org/wp-content/uploads/00-PRESENTATION-CEC-Nature-Based-Climate-Solutions-June-28-2023.pdf (en inglés únicamente).

¿Cómo podemos vencer la inercia política para implementar plenamente las políticas y los compromisos con los que ya contamos? ¿Quizá ese sea el gran desafío de los gobiernos locales?

Una sociedad civil más comprometida y activa motiva a los gobiernos —en los distintos órdenes— a intensificar su propia intervención e interés, así como a reforzar su compromiso de formular y aplicar políticas y medidas de adaptación. Participar en las campañas electorales de los partidos políticos y exigir a los candidatos la actuación sobre asuntos clave es ya un primer paso. Asimismo, al tomar parte en las reuniones de política pública y en las sesiones de los ayuntamientos, y comunicarnos con los funcionarios públicos a través de sus canales de comunicación habituales y por otros medios —incluidas las redes sociales—, se logra un importante efecto multiplicador. No debemos esperar que los funcionarios públicos actúen por sí mismos; más bien, hemos de procurar con mayor ahínco la participación de las comunidades a fin de exigir medidas de mayor envergadura a los responsables de la formulación de políticas. De este modo, se puede incentivar a los encargados de delinear políticas para que respondan a las demandas locales. Por otra parte, es importante reconocer los avances logrados y otorgar el debido reconocimiento cuando ello procede, de manera que los responsables de la formulación de políticas puedan así ver el fruto de su trabajo. Las campañas de educación y sensibilización dirigidas a grupos y dirigentes de comunidades locales que trabajan en pro de la justicia social, pero que tal vez carecen de conocimientos profundos en materia de medio ambiente o cambio climático, también cumplen una función destacada por cuanto a movilizar a la sociedad civil e impulsar la elaboración de políticas. Igualmente, es importante impartir a los líderes sociales una formación continua sobre los principales objetivos, instrumentos, compromisos y otros aspectos de la política ambiental mundial —lo mismo vigentes que en evolución—, como el Acuerdo de París o las COP sobre Cambio Climático y Biodiversidad, de periodicidad anual, toda vez que, a pesar de la importancia decisiva que estos eventos revisten a escala global, no necesariamente se les está canalizando al ámbito local ni suelen traducirse en políticas locales. En este sentido, la educación y el intercambio frecuente de información en torno a la evolución de dichas políticas mundiales constituyen elementos fundamentales.

Una mayor colaboración entre los gobiernos federales, subregionales y locales facilitará la aplicación de políticas y medidas que, de otro modo, podrían quedarse estancadas.

¿En qué medida combatir la violencia por motivos raciales es fundamental para una eficaz acción climática en nuestra comunidad?

Está demostrado que la violencia puede guardar relación con los efectos del cambio climático y, a la inversa, que todo esfuerzo por responder a dichos efectos contribuye a atenuar la violencia, sobre todo cuando los planes de acción contra el cambio climático se diseñan teniendo en cuenta aspectos relacionados con la justicia ambiental. La violencia racial, la discriminación y el racismo suelen estar arraigados en las estructuras sociales, políticas y económicas. Es necesario deconstruir estos sistemas: replantearse la manera en que formulamos las políticas; aportar puntos de vista alternativos sobre la violencia en el ámbito local y las causas que la originan, y emprender medidas que mejoren la calidad de vida de las comunidades menos favorecidas, con la reconstrucción de espacios más verdes, limpios y saludables, hechos que contribuirán, en última instancia, a reducir la violencia racial. De hecho, se ha comprobado que, si se tratan adecuadamente, aplicando métodos de resolución de conflictos y mediación, estos problemas de carácter social sirven también de motor para definir nuevas formas de colaboración. Para conseguirlo, las medidas y actuación contra el cambio climático deben reconocer los contextos locales particulares —entre los que se incluyen la propia historia y las relaciones creadas—, así como introducir mecanismos apropiados para afrontar dichos conflictos. Cualquier solución propuesta debe reconocer la dinámica y los conflictos locales y tratar de garantizar un acceso equitativo a los beneficios generados por dicha intervención. Al fin y al cabo, la violencia suele ser un indicador de una problemática respecto de las condiciones de calidad de vida, y cuando las condiciones de vida se mejoran en relación con los impactos del cambio climático (por ejemplo, calor extremo tolerable y entornos naturales más bellos, saludables y propicios para el desarrollo humano), podemos entonces contribuir a reducir la violencia.

¿Hemos resuelto el problema del ozono o simplemente nos hemos desviado hacia otra cosa? Capa de ozono, GEI, cambio climático... los tres parecen referirse al mismo conjunto de problemas.

En las últimas décadas, las iniciativas encaminadas a recomponer la capa de ozono han tenido un efecto significativo para evitar un colapso atmosférico catastrófico. Si bien el problema no se ha resuelto del todo, se sigue una vía progresiva de medidas cada vez más profundas a lo largo del tiempo, misma que está dando resultados positivos. Ciertamente, se trata de un proceso continuo que no ha concluido, y no podemos —ni debemos— decir que hemos pasado a otra cosa, ya que seguimos participando activamente a escala mundial en la reparación de la capa de ozono. En cualquier caso, hemos de aprender de esta experiencia coordinada a través del Protocolo de Montreal, calificado como uno de los tratados ambientales más exitosos de la historia, por no decir el que más resultados ha obtenido.

Las medidas de reparación de la capa de ozono representan una victoria de la política internacional en materia de medio ambiente, y podemos servirnos del proceso de resolución de dicha problemática para reproducir acciones y estrategias de adaptación al cambio climático.

Dada la interrelación que guardan los niveles de ozono y el cambio climático, es urgente atender ambas problemáticas: primero que nada, porque tenemos la capacidad para ello, y segundo, porque se ha logrado un mayor consenso en torno a las vías para reparar la capa de ozono, las cuales cuentan ya con la aceptación de gran parte de los actores y sectores —incluida la industria— que deben sentarse a la mesa para lograr verdaderas soluciones. De lo que nos podemos beneficiar es de acciones que protejan la capa de ozono y, al mismo tiempo, satisfagan las necesidades de cara al cambio climático; por ejemplo, las que se ocupan de determinados supercontaminantes con efectos climáticos, como los hidrofluorocarbonos (HFC). Además de suponer un enorme beneficio por cuanto al logro de nuestros objetivos en materia de cambio climático, el hecho de trabajar en soluciones orientadas a reducir el agotamiento de la capa de ozono puede también reportar beneficios secundarios para la salud humana y la calidad de vida en general, a través de la mitigación de las mezclas de gases de efecto invernadero (GEI) —incluido el metano— y otros supercontaminantes responsables de la formación de un aire altamente tóxico capaz de provocar enfermedades y afecciones respiratorias.

Aunque en rigor se trata de problemáticas distintas, éstas guardan una profunda interconexión; por ello, si encontramos la forma de solucionar problemas multidimensionales que asocien la capa de ozono al cambio climático y a la salud humana, podremos equilibrar con mayor eficacia las agendas y los resultados en términos de mitigación y adaptación.

El cambio climático está impulsado por la política y la economía. ¿Cómo cambiamos el paradigma?

Compromiso y participación. Educación. Diálogo. Los paradigmas sociales son una suma de acciones individuales; éstos no existen en sí mismos. Tenemos que empezar por modificar nuestro actuar en el plano personal con el propósito de inspirar la transformación y movilizar a otras personas que compartan nuestro mensaje: inspirarnos a nosotros mismos y generar una resonancia mucho más amplia, cuya repercusión va más allá. Sin duda, un primer paso fundamental consiste en cambiar nosotros mismos; pero ello no basta: hace falta que nos planteemos el reto de comprometernos, proyectar, movilizar y enviar el mensaje desde los espacios más influyentes a nuestro alcance. Tenemos que convencer a los demás de actuar y, a pesar de lo difícil que pueda ser, hemos de empezar por el diálogo y la participación. Luego, hay que llevar nuestro mensaje a los escenarios donde podamos hacernos escuchar y tener influencia en el cambio, pero no todos los espacios nos brindan esta oportunidad. A veces toca involucrarnos en lugares incómodos, pero necesarios. “Tú” debes actuar para que las cosas cambien. Y en todo momento hemos de preguntarnos si nos estamos involucrando allí donde verdaderamente podemos marcar la diferencia. La complacencia es una propuesta que lleva las de perder.

Es fundamental educar a los actores sociales clave, a los jóvenes y a la sociedad en general, y crear un espacio para que éstos participen. Corresponde a los gobiernos no sólo impulsar la educación, sino también abrir ese espacio de compromiso y participación, fomentando la priorización de las acciones desde y por parte de la comunidad, con base en el conocimiento local tradicional e indígena, y en todo momento teniendo en cuenta a la naturaleza en las soluciones.

Por último, el hecho de contribuir al empoderamiento de las comunidades, dándoles voz y autonomía para decidir la gobernanza que quieren en materia de acción climática ayudará, asimismo, a propiciar condiciones favorables necesarias en contraposición a los modelos de política y economía tradicionales.

¿Cómo crear mayor conciencia respecto de las cuestiones medioambientales y el cambio climático en el seno de las comunidades y, en particular, entre los pueblos originarios?

El conocimiento que sirve de base para definir las medidas a emprender en materia de cambio climático (idealmente en todos los ámbitos y siempre que las características del lugar lo permitan) debe derivarse de un proceso de cocreación de saberes en el que participen en forma activa y conjunta las comunidades —sobre todo las poseedoras de un conocimiento ecológico tradicional—, de la mano de personas con conocimientos académicos y técnicos “convencionales”. Por desgracia, muchos sistemas sociales y políticos, y “formas de actuar” en general, se han gestado en el contexto de regímenes excluyentes y discriminatorios. La incorporación de perspectivas diferentes, sobre todo locales y de las comunidades más adversamente afectadas por los sistemas establecidos, nos ofrece escenarios alternativos que pueden dar lugar a una reconstrucción de las políticas y las soluciones desde una lente más inclusiva. Para tener validez, tales procesos de cocreación y colaboración deben garantizar que quienes participen en ellos gocen de condiciones de igualdad, equidad, justicia, transparencia y acceso a la información (y a la palabra). Además, deben aspirar a detectar la información y las fuentes pertinentes y legítimas que faciliten el proceso de toma de decisiones. En ello se basa la consolidación de la gobernanza medioambiental y climática.

La educación básica —como se suele impartir actualmente— resulta insuficiente: debemos aspirar a una educación a gran escala, general y profunda, aprovechando todos los recursos a nuestro alcance para enviar los mensajes necesarios a todos los niveles.

¿Cómo pueden los gobiernos locales crear las condiciones necesarias para empoderar a los ciudadanos, de modo que los planes de desarrollo emanen de las inquietudes de la población local?

Creando oportunidades auténticas de participación y toma de decisiones. Dejando de lado el poder discrecional sobre el diseño de los proyectos y confiando en los procesos participativos a fin de producir soluciones efectivas o mejores. La participación cívica debe facilitarse de manera efectiva y remunerada, amén de ser democrática y estar fundamentada, en condiciones de equidad y apertura para todos. Además, los gobiernos locales pueden reforzar la gobernanza medioambiental y climática conforme vayan adoptando nuevos enfoques en el diseño de la actuación contra el cambio climático, enfoques en los que el liderazgo y el poder para definir las estrategias se cedan a las comunidades. Como en el caso de Vancouver, tales enfoques permiten a los gobiernos desempeñar el papel de facilitadores o mediadores, ofreciendo a las comunidades locales recursos a efecto de que ellas mismas se hagan cargo de los procesos de planificación.

Una vez más, la educación, el acceso a la información y el reconocimiento del valor de las distintas fuentes de información son fundamentales para empoderar a la sociedad, misma que difícilmente podría participar sin información, sin condiciones de equidad y sin reconocimiento de los conflictos y las diferencias (tanto históricas como más recientes).

¿Cómo nos aseguramos de que se apliquen tarifas diferenciadas, de modo que los hogares en situación acomodada no vendan energía a sus vecinos con menores ingresos y generen con ello una ganancia?

Los gobiernos deben fomentar la adopción de una reglamentación progresiva que permita generar condiciones equitativas y justas, reconociendo las desigualdades al tiempo que los procesos avanzan, y garantizando que las soluciones energéticas y el acceso a las mismas tengan en cuenta tales disparidades. En muchos casos, los mercados presentan distorsiones que favorecen una distribución poco equitativa de los recursos, incluida la energía. El acceso a una energía asequible y limpia debe garantizarse mediante políticas públicas y, en algunos casos, subvencionarse, por lo que el objetivo de dichas políticas debe ser la independencia energética, de forma que contribuyan a reducir las desigualdades y no a exacerbarlas. En ese sentido, la región de América del Norte está avanzando en la identificación de instrumentos financieros encaminados a impulsar la agenda ambiental.